

# La foto de Capa

FERNANDO PENCO VALENZUELA



paso de cebra  
ediciones

Primera edición, 2011  
Título original: *La foto de Capa*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluido la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

© Fernando Penco Valenzuela, 2011  
© de esta edición: Paso de cebra ediciones

Diseño y Maquetación: Eimagina  
Corrección: Antonio Luque

ISBN: 978-84-939103-0-3  
Depósito Legal: CO 745-2011  
Impresión: Imprintatecé  
Impreso en España - Printed in Spain

Paso de cebra ediciones  
Marqués de Boil, 4. 14008 Córdoba  
T. +34 957 105 027  
[www.pasodecebraediciones.com](http://www.pasodecebraediciones.com)  
[info@pasodecebraediciones.com](mailto:info@pasodecebraediciones.com) - [pedidos@pasodecebraediciones.com](mailto:pedidos@pasodecebraediciones.com)

Al hombre de las cinco guerras,  
al que captó la tierna sonrisa de la señora Ma-Tso  
y la inquebrantable mirada de Picasso.



## ÍNDICE

Robert Capa	15
El injusto reparto de la tierra	37
Cerro Muriano	55
Gerda Taro	71
Un historiador indeseado	97
Bibliografía y Filmografía	129



La tarde del 15 de marzo de 2007 mantuve un encuentro con un anciano afable y nonagenario que vivía en una pequeña aldea cerca de Córdoba. Me recibió con calma. Estaba sentado tras un bidón observando cómo la suave luz del atardecer redondeaba las esquinas y las calles. El hombre vivía en una pequeña casa de piedra al borde de la carretera y desde ella se extendía una inmensa llanura de encinas y granjas que se perdía en la distancia. Las granjas eran como minúsculas motas blancas con sus tejados y sus caminos de tierra y la aldea era muy pequeña y estaba en mitad de la llanura.

Todas sus casas eran blancas y entre ellas había una escuela abandonada con los cristales rotos y un marbete sin nombre; desde la parte posterior de la casa, se podía ver la vieja estación de tren y una baja cerca de piedra con dos reses pastando. El paisaje tenía un aspecto de sabana africana y, al final de todo, un castillo de la época de los árabes se alzaba sólido y cuadrado sobre un cerro dominando las ocres llanuras con sus montañas.

Hacía calor y el hombre vestía una camiseta de tirantes y un pantalón de verano. Tenía unas gruesas gafas y una gorrilla roja con visera. Se levantó enderezándose, caminó a cortos pasos una corta distancia y sacó de una bolsa de tela una pequeña caja de balas. La abrió.

–Son de la guerra –dijo mirándome.

Comenzó a contarlas para sí: «una, dos, tres, cuatro, cinco...» Eran de varios colores y tamaño y nunca llegaron a ser disparadas y sonaban muy bien dentro de la cajita.

A la octava bala se cansó de contar y las colocó sobre la superficie del bidón que boca abajo, servía de mesita. Creo que no había más de doce o trece. Algunas eran verdes y otras casi rojas. Un par de ellas fueron separadas de sus casquillos para sacarles la pólvora, me fijé en una de las dos: era pequeña y con la punta redondeada. Él la cogió y me la dio.

–Hacíamos mecheros con la pólvora –me dijo.

La manoseé y volví a dejarla en el bidón. Rodó sobre si misma hasta que tropezó con el montoncito del resto de las balas y se quedó quieta. El hombre comenzó a recogerlas de la superficie oxidada y las introdujo en la cajita: «una, dos, tres, cuatro, cinco...», donde volvieron a sonar muy bien.

Se levantó y guardó las balas en el lugar en el que estaban. Volvió a acercarse de nuevo hacia mí y vio que sacaba una fotografía del fondo de una carpeta: era la foto de Capa. Se la dejé, la observó escrupulosamente y en silencio hasta que la soltó boca arriba sobre sus rodillas.

–Sólo le puedo decir que entonces tenía 19 años y que



estuve destinado como conductor de ambulancia.

Yo le había comentado que la fotografía fue hecha en el frente de Córdoba, no lejos del lugar en el que estábamos. Pareció complacido al oír esto.

—Algo me dijeron —dijo.

El hombre respiraba trabajosamente y chasqueaba con la lengua. Su esposa apareció por allí y trajo una limonada con hielo sobre una fuente. Era la hora del aperitivo y estábamos sentados bajo un techo de calamina desde donde un cálido viento levantaba bocanadas de polvo.

—¿Os sirvo? —preguntó ella.

Y vertió la limonada con el hielo en dos grandes vasos de cristal que había dejado en el bidón. Luego, volvió a desaparecer tras el vano y se metió en una estancia. Había dejado la jarra de limonada y un paño empapado con el que el viejo se hidrataba la cara.

—Los muertos cambian de color, hasta que los enterran van cambiando de aspecto y, si permanecen unos días bajo este calor, se ponen ennegrecidos y oscuros. En Sierra Tropera llenábamos la ambulancia de cadáveres: fueron montañas. Pese a enterrarlos, aquellos muertos no se iban de la ambulancia sino que se quedaban por allí, sacándole brillo a los rifles y mirándote fijamente.



## ROBERT CAPA

Robert Capa nació en 1913 en un bloque de edificios del barrio de Belváros, en Budapest, junto a las aguas verde azules del Danubio y los baños Széchenyi. La infancia del segundo de los tres hijos de un humilde costurero judío que vivía en la calle Városház Utca, no tuvo nada de especial y su madre Julianna lo definió como un niño sano, travieso, y sobradamente seguro de sí mismo. Poco antes de morir, y refiriéndose a él, Julianna confesó a un periodista:

Siempre llevaba los pantalones rotos y tropezaba con las farolas porque iba demasiado distraído. Era bondadoso, incapaz de mostrarse grosero y con una eterna sonrisa.

La vivienda de los Friedmann era una de las más modestas y daba a la parte trasera del edificio. Su fachada, que se abría refulgente y luminosa a una céntrica plaza, tenía grandes pasillos y acrisolados patios de luces y estaba habitada por abogados, médicos y algún que otro

funcionario. Cuando Endre terminó la escuela ingresó en el instituto *Gymnasium Madácht* de Budapest y conoció a Lajos Kassák, un artista gráfico autodidacta que había dejado de estudiar y que había ingresado como aprendiz en un taller de herrero donde comenzó a frecuentar los ambientes sindicalistas húngaros. Además, Kassák fundó la revista *Munka* donde publicaba fotografías de indigentes y pedigüeños merodeando por las sórdidas calles del extrarradio de Budapest.

Gran parte de los fotógrafos que trabajaban para *Munka* se inspiraban en Jacob Riis y en su obra de finales del XIX, *Cómo vive la otra mitad: estudio entre los conventillos de Nueva York*, uno de los pilares del fotoperiodismo. Junto a Kassák y junto a los fotógrafos de *Munka* el joven Endre aprendió las reglas elementales de la fotografía y comenzó a experimentar con viejas máquinas fotográficas, también sacaba tiempo para acudir a conferencias en los locales de Budapest donde la camarilla de Kassák solía reunirse.

Kassák, que por entonces tenía cuarenta y pocos años, ya había viajado a París para relacionarse con constructivistas y dadaístas y había participado en la primera guerra mundial. En 1919 encabezó uno de los principales movimientos pacifistas y artísticos de Hungría y, en su famosa *Carta abierta a Bèla Kum en el nombre del arte*, había rechazado públicamente la supeditación al líder comunista húngaro y a su partido, lo que le llevó a la exclusión y postergación de por vida.

En su retrato de Nemes Lampérth, un dibujo que él mismo realizó del artista, el rostro grave del modelo que figuraba en tonos negros e inexpresivos, manifestaba la

decepción y contrariedad de aquel hombre, hijo de lavandera, que encabezó los más importantes movimientos obreros de la Hungría de principios del siglo XX.

En el verano de 1931 Capa se marchó a Berlín y se matriculó en la Deutsche Hochschule Für Politik, donde estuvo hasta comienzos del invierno siguiente cuando sus padres tuvieron que cerrar el pequeño negocio de trajes a medida y él abandonó sus estudios y comenzó a tomarse en serio la fotografía.

Trabajó donde pudo y como pudo y escribió por primera vez que había pasado hambre y desesperación, sin embargo y pese a todo creía fervientemente en la fotografía y, cuando guardaba el dinero necesario como para comprar un carrete, cargaba la bonita Voigtländer que su amigo György Kepes le había prestado y fotografiaba Berlín.

Al cabo de los meses, el precoz Endre encontró su hueco en la agencia Dephot donde realizó sus primeros trabajos y donde sorprendió a sus compañeros con los retratos que hizo a León Trotsky sirviéndose de una Leica mientras éste, bajo la luz lánguida de pequeñas bombillas, soflamaba a estudiantes y líderes sindicales de Copenhague, después llegaron las fotografías de las minas de carbón y acero de Saarland; *Un niño limpiabotas* y *Artista callejero de Madrid con un oso domesticado*.

Durante su estancia en Berlín conoció a Korsch, un marxista descontento que viajó a España invitado por la CNT y que publicó una apasionada crónica en la que insinuaba la posibilidad de que en ese país surgiese un comunismo fuera de la órbita de Stalin. Whelan, en su biografía sobre Capa, escribe que es muy probable que

el joven fotógrafo entablara amistad con Korsch germinado en él una particular adhesión hacia los anarquistas españoles, cosa sensata si se tiene en cuenta que en los primeros trabajos de Capa y Taro de la guerra civil, se observa una inequívoca inclinación hacia los ambientes anarquistas y cenetistas.

Esta manera generosa de ver las cosas ya no se separará de Capa y creará en él una inclinación hacia el asociacionismo hasta el punto de que autores como R. Martínez o J. Lacouture han querido ver en ese sedimento el origen de Magnum Photos, en realidad, una agencia cooperativa de fotógrafos por cuenta propia que planeó en forma de idea sobre la cabeza de Capa en 1938 y que no cuajó hasta nueve años después, cuando se inscribía en el registro de comercio de Nueva York. Junto a Capa, como miembros fundadores de Magnum, estuvieron Cartier-Bresson, Seymour y Vandivert.

Pero aún quedaban años para Magnum y, Capa, todavía Endre Friedmann, abandona definitivamente Berlín en un frío febrero de 1933. Unos meses más tarde se establece en París, donde desembarca en la estación de Gare de l'Est con su amigo y coterráneo Csiki Weisz y donde comienza a trabajar para la Agencia de Hug Block en la que entra como ayudante en el cuarto oscuro hasta que Alliance lo contrata por cien mil francos al mes y tres reportajes semanales. Capa fotografía el Louvre, las carreras en el hipódromo, los cines Crochet, el barrio obrero de Saint-Denis o los trabajadores de Renault durante la huelga de brazos caídos mientras duermen entre mantas y troqueladoras.

Ha pasado más de un año y, en una carta a su madre,

le confiesa que el trabajo es duro y agotador y que apenas puede ver a Gerda, su nueva chica, pero también le expresa que el haber cogido de nuevo la cámara le ha devuelto la felicidad. En esa carta fechada en abril y que Whelan recoge en *Robert Capa a Biography*, le dice que ha dejado de llamarse definitivamente Endre Friedmann y que ahora se llamará Robert Capa, un nombre que en el mundillo del periodismo suena bien y una decisión que ha tomado con su chica. Le explica que lo de tener seudónimo es habitual entre los artistas de París y que se puede decir que ha vuelto a nacer.

Él y Gerda se trasladan a un pequeño apartamento cerca de la torre Eiffel y pese a que se ven poco siempre buscan un rato para estar a solas. Se sientan bajo los puentes de París a escuchar la música del acordeón hasta que cae la oscuridad o pasean por los antiguos suburbios con sus cafés y sus grandes banastas de croissant. Deambular por el Sena resulta ameno y en sus riberas hay puestos de refrescos y chocolate y terrazas donde el vino de etiqueta espera en el centro de cada mesa.

Si no recorren el Sena, quedan con Seymour y se sientan en el Dôme o en el Coupalade, adonde también acuden Miller, Bresson o Marlowe con sus satélites y sus poemas empapados de whisky. En la barra del renovado Dôme todo el mundo opina medio borracho y se habla del socialismo francés o de las revueltas españolas. Todos hablan de España y todos ocupan las mesitas de los rincones y del centro y sermonean sobre los viejos asuntos políticos y sociales. Bajo las refulgentes bandejas de plata y el coñac dulzón juntan sus cabezas y se oye aquello de que los jornaleros españoles toman las colinas y

ocupan las granjas y cortijos de los nobles y terratenientes, o lo de la proclama del comunismo libertario y de las flotantes banderas rojinegras en las fachadas de los grandes barrios obreros de Madrid y Barcelona.

En abril de 1936, Regards envió a Chim y a Georges Soria a España y encomendó a Capa que se hiciese cargo de cubrir la campaña del Front Populaire y de seguir a toda costa al líder León Blum, entonces fotografió al anciano de larga barba y gafas de ciego por las calles de París y a Blum sosteniendo una lámpara metálica de minero con forma de cartucho, entre los semblantes vencedores y rugientes del socialismo francés.

Los días pasaban y una mañana de primavera, tras una llamada telefónica, Capa apareció por el desordenado despacho de Lucien Vogel, un trotamundos del periodismo que se había iniciado en el satírico Assiette au Beurre y que preparaba un monográfico sobre la guerra civil española para el diario Vu, Vogel había pensado en Capa y Taro. Unos días más tarde, el miércoles 5 de agosto de 1936, Lucien Vogel y su pequeño grupo de periodistas se reunieron en el aeropuerto de París y partieron en un desvencijado avión hacia Barcelona.

Tras un aterrizaje forzoso en los alrededores de la ciudad, oyeron crujir las piedras sueltas de una carretera abandonada y sintieron esa especie de temblor que se produce cuando alguien ha presentido la muerte. Se quedaron tan petrificados que podían escuchar el bombeo de sus corazones, alguien abrió la puerta del aeroplano y una profunda luz inundó sus rostros hasta que una voz les espoleó y comenzaron a bajar la escalerilla y a caminar por entre la grava suelta de la carretera.



Después de aquello, Capa y Taro recorrieron la excitada ciudad de Barcelona durante unos días. Las plazas y las calles eran amplias y bordeadas de espléndidos edificios de fachadas cóncavas y convexas. Las distancias no eran tan largas como en París o Berlín y la gente con la que hablaban era asombrosamente amable y hospitalaria.

Se habían formado consejos y comités y en las calles de la ciudad, se habían levantado barricadas y pegado carteles en los que se leía REVOLUCIÓN Y GUERRA bajo las siglas de la CNT, FAI, FIJL. Las fuerzas de orden público fueron suplantadas por patrullas de milicias populares, se derribaron algunas prisiones, se liberaron prisioneros y fueron requisados casinos y lujosos hoteles del centro de la ciudad donde obreros y proletarios repartían almuerzos y cafés y donde el fasto y el temor al patrono habían dejado de existir.

Aquella era una verdadera revolución llevada hasta sus últimas consecuencias.

Capa y Taro se perdían por los barrios viejos de Barcelona y merodeaban por sus calles y plazas. Hombres y mujeres portaban armas y lucían monos oscuros con pañuelos rojinegros, las tiendas estaban abiertas de par en par y, los tranvías y taxis, circulaban gratis por el Eixample y el barrio Gótico. En la periferia, las trincheras y parapetos defendían la ciudad y los fusileros eran instruidos día y noche.

Permanecieron unas dos semanas por Barcelona, alguien les recomendó que debían de dirigirse cuanto antes a Aragón puesto que allí en el frente podrían conseguir impactantes imágenes de guerra, pero decidieron chapotear en aquella revolución que nada tenía que ver

con las batallas callejeras que años atrás él había presenciado junto al puente Erzsébet de Budapest, o cuando habían tenido que huir de Berlín.

Pasaban largas mañanas fotografiando a milicianos en barricadas y explanadas de adiestramiento o a centinelas con bayonetas pavonadas en el puerto de Barcelona mientras escuchaban historias, como aquella de aquel dueño de una fábrica que fusilaron a hurtadillas o la de los dos pistoleros falangistas que fueron apresados en los muelles y arrojados al mar con pesadas piedras atadas a los pies.

Poco antes de unirse al frente, acudieron a la estación de Barcelona donde fotografiaron los trenes de pasajeros atestados de milicianos de la CNT y UHP que partían con destino a Aragón con sus uniformes abotonados y sus capuchas de guerrilleros, mientras se asomaban a las ventanas de los vagones y se despedían entre vítores y un montón de manos y caras alegres.

Dos años antes de la guerra, los obreros y mineros de la UHP habían proclamado a los cuatro vientos la creación de un estado catalán y tramado la revolución de Asturias; como respuesta a sus derechos y vindicaciones, Madrid envió a las colinas asturianas a un bisoño general llamado Franco que lideró una brutal represión llevándose por delante a más de 2.000 mineros, que fueron ejecutados sumariamente y enterrados en profundas zanjas junto a las minas que ellos mismos habían horadado.

Y allí estaban en aquel tren una parte de aquellos sobrevivientes de los pozos de carbón que partían hacia el frente dos años después. Con sus puños fibrosos y sus ojos radiantes, pulcramente afeitados y tomando en brazos a sus compañeras y esposas. Muchos de ellos,

vástagos de mineros nacidos en chozos de matojos al pie de las verdes montañas asturianas, y que meses antes de la revolución del 34, habían limpiado de chivatos y esquiroles los montacargas de las minas y luchado por sus compañeros hasta dar sus vidas.

Y ahora, en ese tren que partía hacia la batalla, aquellos hombres libres que habían crecido entre el rugido de los osos y la moteada penumbra de las profundidades, volvían a tener ese arrojo y desnudo: el de darlo todo por los demás. Allí se encontraban asomando sus torsos de los ventanucos del tren sobre aquellos grafemas de pintura blanca: UHP. JURAD SOBRE ESTAS LETRAS HERMANOS, ANTES MORIR QUE CONSENTIR TIRANOS y en medio del olor hórrido de las fábricas de guano. Y así hasta que las negras y pesadas ruedas de la locomotora avanzaron sonantemente a través de una vía que dejaba atrás las industrias confederales de Barcelona y sus grandes fábricas de ladrillo.

El 18 de julio de 1936, el azul del amanecer despuntó en Córdoba bajo un silencio absoluto y, pese a que ya se conocía la noticia del golpe militar, a medio día miembros del partido comunista se reunían en una apartada sala del ayuntamiento y los obreros y delegados sindicales acordaron trabajar. En las calles céntricas de la ciudad circulaban personas y la mayoría de las tiendas y comercios abrió sus puertas ofreciendo productos de primera necesidad. A las tres de la tarde el coronel Cascajo, después de una llamada telefónica desde Sevilla, declaraba el estado de sitio. El lacado teléfono del despacho del militar había retumbado en las paredes de la céntrica guarnición, una media hora antes.